

SEGREL

Edición facsimilar

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
ATENEOS ESPAÑOL DE MÉXICO

RECORDAR EL OLVIDO

Segrel

Edición facsimilar

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
ATENELO ESPAÑOL DE MÉXICO
MÉXICO, 2019

Segrel
Edición facsimilar

Secretaría de Relaciones Exteriores
Av. Juárez 44, Colonia Centro
C. P. 06000
Ciudad de México
www.gob.mx/sre

Editor:
Ateneo Español de México, A. C.
Teléfono: (55) 5709 0027
Hamburgo No. 6
Colonia Juárez
C. P. 06600
Ciudad de México
www.ateneoesmex.com

Primera edición: 2019

Ilustración de portada: Cabezal de la revista *Segrel*.

© Prólogo: Luis Rius Caso

ISBN: 978-607-98489-0-3

129 páginas

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Ateneo Español de México, A. C.

Impreso y hecho en México

SEGREL, UNA REVISTA DE ESCRITORES HISPANOMEXICANOS

Luis Rius Caso

Los dos números de la revista *Segrel*, aparecidos en mayo y junio de 1951, alcanzaron a definir, no obstante su breve existencia, aspectos del perfil literarios de sus editores en esos momentos y también, en buena medida, de su obra futura. A lo menos si hablamos de Arturo Souto Alabarce (1930-2013), Luis Rius Azcoita (1930-1984) y Alberto Gironella (1929-1999), sus responsables, y de Inocencio Burgos (1930-1979) y Tomás Segovia (1927-2011), integrantes, con los dos primeros, de la llamada segunda generación de exiliados, mejor llamada “Nepantla” según Francisco de la Maza, o “fronteriza” según Rius, o de escritores hispanomexicanos según Souto Alabarce. No incluyo a José Luis González, autor de un poema en *Segrel*, gran amigo de toda la vida de ellos, ya que no continuó en el camino de la literatura.¹

Con la perspectiva temporal, sorprende reconocer en esos jóvenes de apenas pasados los veinte años al escritor o al artista que después maduró, por supuesto, pero fiel en todo momento a una simiente fundamental, marcada por la impronta de un exilio heredado y por el imperativo de entenderse a sí mismo en la ambigüedad de una condición ontológica difícil de definir, diversa a la de sus padres. En los cuentos, poemas, ensayos, cartas ficticias y fragmentos de novela están sus frutos tempranos —en algunos casos los primeros se conocieron en publicaciones previas: *Presencia*, *Clavileño*, *Hoja*—, pero también no pocos indicios de desarrollos posteriores que se concretarían en el Arturo Souto cuentista, ensayista y profesor de vocación universalista; en el Luis Rius poeta y académico que habría de profundizar en las nociones de extranjería y desarraigo en la poesía, en la circunstancia directa del exilio pero más allá de ésta; en el poeta Alberto Gironella, devenido pintor radicalmente ruptural y comprometido, como ningún otro vanguardista mexicano, en afirmar una alianza determinante entre la pintura y la literatura; en el Tomás Segovia de sen-

¹ Publicó la antología que Luis Rius logró formar en vida, ya enfermo, *Cuestión de amor y otros poemas*, (México, Promexa, 1984), y también una reimpresión del *León Felipe poeta de barro*, del mismo autor.

sibilidad e inteligencia exquisitas, hondo de entraña y de pensamiento; en el Inocencio Burgos siempre breve pero profundamente intenso, que pasó por este grupo generacional como una poderosa inspiración que cristalizaría en un dibujante de suma originalidad, capaz de improvisar murales en casas de amigos, así como en personajes ficticios —el *Tiburcio Esquirra* de Gironella, según se decía— y en un protagonismo indispensable en eventos, tertulias y en situaciones insólitas que componen un anecdotario memorable.

Entre las constantes que ya se perfilaban en *Segrel* y que atañen a los hispanomexicanos como generación, cabe destacar la crítica que recibieron de parte de algunos exponentes de la primera generación de exiliados, a propósito de parecer “jóvenes viejos” (los calificó José Ignacio Mantecón), de carecer de actitud belicosa y de entusiasmo agresivo y polémico, y de vivir dominados por tonos sombríos y melancólicos. Max Aub fue muy enfático en su crítica:

Forman dos grupos, no muy distintos. Los unos de dieciocho a diecinueve años, toman su nombre conjunto de una Revista que publicaron, *Clavileño*; los demás son algo mayores y creo que el más viejo ronda los veintiocho y se agrupan también alrededor del título de su Revista, *Presencia*. Como es natural, en el primer grupo abundan los poetas, mientras en el segundo despuntan ya algunos ensayistas. Reúnense en el primero: Luis Rius, Arturo Souto, Juan Espinasa, Víctor y Fernando Rico, Alberto Gironella, Inocencio Burgos y Enrique Rivas. En el segundo: José Miguel García Ascot, Carlos Blanco, Ángel Palerm, Jacinto Viqueira, Ramón Xirau, Manuel Durán, Roberto Ruiz, Claudio Esteva, Lucinda Urrusti, Francisco Aramburu [...] Sin pertenecer decididamente a ninguno de los dos grupos, Tomás y Rafael Segovia colaboraron con ambos y se les halla a la base de otra publicación más moderna: *Hoja*. Cogidos entre dos mundos, sin tierra firme bajo sus pies, influenciados por un movimiento filosófico irracionalista, con una España de segunda mano, no acaban de abrir los ojos a la realidad [...] Veo a estos mozos contentarse con poco, con ir tirando, influenciados en esto por sus familiares que todavía sueñan con una calle de Alcalá que, a estos muchachos, habría seguramente de parecer angosta y provinciana. Es una generación terriblemente respetuosa, que se conforma con el mundo los vaya rodando. Les falta empuje, o, como dicen mejor los catalanes, *empenta*.

Y sigue:

Estos jóvenes lo ven todo negro. Por la moda; flacos, templados, desfallecidos, acobardados. Yo desearía ardientemente que apetecieran desordenadamente la hermosura, como dice Fray Luis, que tuvieran sed de bien, furia y fuego [...] Daría cualquier cosa por verlos enfrentarse y confundirse con la vida, con la energía de su juventud, y sacudirse ese polvo romántico y existencialista, que nosotros recibimos hace veinticinco años, a través de la *Revista de Occidente*.²

Cabe suponer que Max Aub sabía poco de la bohemia que estos jóvenes compartían entre sí y con Ricardo Guerra, Luis Villoro, Leopoldo Zea y otros filósofos asumidos como existencialistas mexicanos, que por entonces discurrían en torno al ser mexicano, inspirados en José Gaos y José Moreno Villa. Pero lo interesante es destacar aquí que esa crítica fue recurrente en autores como Carlos Martínez y Simón Otaola, además del propio Max Aub, curtidos en otro tiempo y otro tono. Arturo Souto Alabarce, el teórico de los hispanomexicanos, defendía a su generación con argumentos que apelaban a lo aprendido en el hogar y a cuestiones generacionales específicas. En la revista *Ideas de México* publicó varios artículos al respecto y en un ensayo de 1982, ya con mayor distancia, resumió:

Hacia 1950 despunta una nueva generación que señala el límite de los españoles transterrados en México. Hijos de refugiados, sustancialmente formados en México, su definición es difícil. “Nepantla” los llamó Francisco de la Maza; “fronteriza”, para Luis Rius. A ella pertenecen un buen número de poetas que, a pesar de su diversidad, poseen rasgos generacionales [...] Carlos Blanco, Inocencio Burgos (muerto en 1979), Gerardo Deniz, Manuel Durán, Jomi García Ascot, Francisco González Aramburu, Angelina Muñoz, Nuria Parés, José Pascual Buxó, Francisca Perujo, Víctor Rico, Luis Rius, Enrique de Rivas, César Rodríguez Chicharro, Tomás Segovia, Martí Soler, Ramón Xirau. En estos poetas, tan radicalmente diferentes en cuanto a su creación individual y a la vez agrupados por una común circunstancia histórica, parece culminar el proceso de aculturación. Pertenecen, cierto es, a la literatura mexicana, pero en una muy particular condición. Habiendo vivido

² Carlos Martínez. *Crónica de una emigración (la de los Republicanos Españoles en 1939)*. Libro Mex. Editores, 1959, pp. 327-332.

muy jóvenes la guerra, sin voluntad propia en ella o en el exilio; educados en los colegios que fundaron los emigrados; asimilados después a la cultura mexicana, han sido, sin embargo, fieles a la actitud ética de sus padres. Se dijo a su respecto que estaban entre dos mundos —con todo lo malo o lo bueno que esto implique—, pero esta dualidad responde a una fatalidad histórica. El exilio, como ha escrito Tomás Segovia en un ensayo sobre él mismo, no es tanto un tema como una condición de vida, un rasgo más de la existencia, un trazo profundo y natural.³

En efecto, Tomás Segovia sostenía que es posible concebir la experiencia del exilio como un episodio, acaso el más grave, en la vida de un ser humano, pero señalaba también otra experiencia, más honda, en la cual el exilio se asume como una condición. Por su parte, José Pascual Buxó se refirió más de una vez a lo positivo y a lo negativo de ser copartícipe de dos culturas, de “estar Nepantla” o “a la mitad”. Entre hijos de exiliados, la formación española recibida en casa, aunada a la nostalgia válida de los padres, determinaba la contradicción entre el pasado y el presente:

Ninguno de ellos hubiera consentido jamás que olvidásemos nuestro origen y nuestras tradiciones, así que fuimos colocados ante un dilema desesperante: ser fieles a la España —a una España nebulosa, soñada, irrealizable— o ser tenidos por traidores o contumaces.⁴

El dilema se vivió profundamente, según recordaron varios, en las escuelas donde se formaron —la Academia Hispano-Mexicana, el Colegio Madrid y el Instituto Luis Vives—, en las que prevalecía el vínculo con la España “de la rabia y de la idea”, para decirlo con Machado, con la España derrotada pero depositaria del sustento ético y estético capaz de transformar al mundo o, al menos, de soñar el futuro en mejores futuros. Ética y estética solían ir de la mano la mano en las lecciones y en los ejemplos de vida de un profesorado de transterrados del más alto nivel académico, así como en las vivencias y visiones cotidianas donde salían a relucir García Lorca, Miguel Hernández, Antonio Machado, las canciones de la Brigada Lincon y de otros tantos poetas, mártires, ideólogos, combatientes que

³ Arturo Souto Alabarce. “Letras”, en *El exilio español en México, 1939-1982*. México, FCE-Salvat, primera reimpresión, 1983, pp. 379-380.

⁴ Citado por Arturo Souto, *Op. Cit.*, p. 380.

reencarnaban en el lenguaje y en la memoria orientada a la invención del porvenir.

Este conflicto interior tendió a estabilizarse con la paulatina aceptación de ambas culturas, a lo cual contribuyeron el trabajo gustoso, la docencia y la convivencia con mexicanos y españoles en espacios académicos, en los emblemáticos cafés y bares, en los diversos espacios de la vida diaria. Esta naturalización es tangible tanto en el propio Buxó, poeta y teórico de la literatura, como también en Luis Rius, Juan Espinasa, Arturo Souto (con sus temas universales y mexicanos), Rodríguez Chicharro, Francisca Perujo, Ramón Xirau, Angelina Muñiz, escritora de vocación multicultural desde sus inicios,⁵ y tantos más. Otros elementos que contribuyeron a naturalizar ese dilema pueden suponerse de la dolorosa resignación de los padres al tener cada vez más claro el apoyo de la ONU y de Estados Unidos al régimen del gobierno de Franco, en plena Guerra Fría, y de la capacidad de asimilarse a una realidad que a fin de cuentas, con los obstáculos y tribulaciones que presentara, permitía construir condiciones de vida suficientes para consolidar un arraigo definitivo y dar lugar a la consideración de que, a contrapelo de lo que las lógicas de la historia convencional obligan a pensar, más que perder una guerra y un país idealizado, se ganó un exilio.⁶

Arturo Souto supo establecer un límite muy claro con la primera generación de exiliados. Se trataba del que existía de manera natural entre padres e hijos, y que acaso los primeros no alcanzaban a advertir al no ser ellos quienes vivieran las experiencias tan particulares de su descendencia, también ligada a las ideas, formas y actitudes de sus contemporáneos mexicanos. De hecho, los editores de *Segrel* vivían con creatividad y alegría esta condición dual, en momentos, escenarios y amistades que recordarían toda su vida como ideales. Baste de momento entender, con Souto, que los editores de *Segrel* no podían coincidir en tono y propósitos con aquellas célebres y dolorosas polémicas de los primeros tiempos, como alguna que terminó en el intercambio de insultos entre José Bergamín, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, ni tampoco con el que privaba en

⁵ Que no necesariamente “curó” la condición y sensación de desarraigo, de vivir “Nepantla”.

⁶ Tomo la idea de “ganar un exilio” de Pilar Rius de la Pola y la extiendo a varias en las que siento que se ajusta muy bien. Para tener una idea del impacto de las instituciones educativas en las generaciones de transferrados, ver Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos. Los republicanos españoles en México*. México, FCE, 1975, pp. 84-85.

publicaciones periódicas de las primeras épocas, como *España peregrina*, *Romance*, *El pasajero*, *Litoral*, *Las Españas*, *Ultramar*, *Ruedo Ibérico* o *Sala de Espera*, dirigida y escrita esta última por Max Aub, íntegramente, entre 1948 y 1951, con la idea de

[...] encajarse hombro con hombro, hombre con hombre, solidariamente, con el trabajo de todos por la reconquista de España, tan perdida hoy en brazos de la crueldad, la desfachatez, lo necio cerrado, la mentira y la cursilería.⁷

Así, en 1951, conscientes de la imposibilidad de reconquistar España por la vía diplomática y también por la militar, dado el inminente retiro del *maquis* español de los montes del territorio español donde libraba una permanente acción guerrillera (a la cual se le daba un seguimiento muy puntual en la prensa mexicana, particularmente en *El Popular* de Lombardo Toledano), por órdenes directas del Partido Comunista dirigido por Santiago Carrillo, los hispanomexicanos tenían que reinventar su relación y querencia con la visión de España transmitida por sus mayores, a partir de la idealización posible en sus propias circunstancias, en el distante contexto mexicano. Entonces, además de sus notas graves y melancólicas, de un quijotismo con el que se identificaron varios de ellos, y de una proclividad a la desolación, al sabor amargo y a la nostalgia por el paraíso perdido, se encontraron con un presente que no invitaba al sueño épico de reconquista. El aparato mediático del alemanismo, por lo demás, inhibía cualquier impulso de ir más allá de una estructura corporativa de equilibrios perfecta, en la cual cabía el reconocimiento oficial de la República Española, pero no la intención de revivir los apoyos bélicos de tiempos de la guerra. La estructura entró en funcionamiento un año antes de aparecida *Segrel*, con el asesinato del representante oficioso de Franco en México, José Gallostra, a manos de un cubano-español que al parecer vengó con la vida del diplomático español la masacre de anarquistas ocurrida en Barcelona, en 1949. El difunto Gallostra no pudo cumplir con su encomienda de restablecer relaciones diplomáticas entre los gobiernos de España y México, y los exiliados, por su parte, no se cansaron de reafirmar su pacifismo y compromiso de no intervenir en materia política, al tanto de que

⁷ Citado por María Teresa Suárez Molina, María Guadalupe Tolosa Sánchez, *et al*, en *Exilio y creación, los artistas y los críticos españoles en México (1939-1960)*. Universidad de Granada, 2005, p. 142.

la reacción mexicana los volvía a tener en la mira, bajo el pretexto de que continuaban aquí su guerra.

La distancia ha corrido en favor de esta generación “Nepantla”, como prueba la creciente bibliografía que se le ha dedicado en los últimos años, así como su consideración en antologías mexicanas y españolas, reediciones de sus obras, cátedras con sus nombres, investigaciones diversas en la televisión cultural, exposiciones temáticas, revisiones de género, etcétera. Imposible aquí citar más que al excelente libro de Enrique López Aguilar, *Los poetas hispanomexicanos. Estudio y antología*, México, UAM/Ediciones Eón, 2012.

En su tesis sobre el tema, Gerardo Vega Sánchez apunta con buenas razones que esta generación entró calladamente a la literatura en nuestra lengua, como sucedió también con la generación española de 1950. Su balance es muy certero:

También resulta evidente que se trata de una poesía nostálgica, ligeramente melancólica, con un dejo de amargura y desesperación, aunque no exenta de esperanza, ni del lirismo sentimental que embarga a la poesía universal. El problema radica en que la crítica contemporánea no la contextualiza en el espectro literario. Es decir, no se considera que estos poetas pertenecen a los postreros movimientos de vanguardia entreguerras —tales como el Positismo— y a los nuevos *ismos* de ruptura como el existencialismo sartriano o el sotierro. Sin contar que también enfrentan a los escritores que en esta época hacen *poesía de compromiso*, o con intención social, basados en Cernuda, Hernández, Alonso, Guillén o Aleixandre. Frente a ellos, aparece una generación preocupada por la sensibilidad exenta de dramatismos, desgarros verbales o doctrinarismos, y que no intenta romper con lo anterior y, sin embargo, logra una ruptura y su anagnórisis.⁸

Podríamos decir que esta sensibilidad, con los grandes desafíos que entrañaba, fue la que intentaron asumir y transmitir los editores de *Segrel*, en su presentación del primer número. Identifican a los primeros trovadores de la literatura peninsular, los “segreles”, “segreres” o “segrires” —hidalgos devenidos en trovadores que sobrevivían llevando sus

⁸ Gerardo Vega Sánchez. *Un reencuentro poético con Luis Rius*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Departamento de Filosofía, tesis de Licenciatura en Letras Hispánicas.

creaciones de castillo en castillo, a cambio de un pago— con el escritor actual: “también éste es algo trashumante, algo hidalgo y juglar”. Esta similitud, que a la vez busca una identidad sustentada en la genealogía, se establece a partir de un perfil editorial amplio, libre de rigideces ortodoxas, afín con los intereses literarios, libres y plurales del grupo de amigos. Más que el exilio, les interesa vivificar la expresión de la cultura de la lengua española —la genealogía—, desde la libertad que les ofrece México. En este propósito se entiende la publicación en el número de inicio de tres poemas de origen provenzal, contenidos en el *Libro de los Tres Reyes de Oriente, del siglo XIII*. Los hermosos versos subrayan el vínculo umbilical con la tradición, por parte de los editores, o, para decirlo con León Felipe, “con la voz antigua de la tierra”.

Ya no dueños de la casa, ni del caballo ni la pistola, ellos y sus padres, tienen al menos esa voz que legitima tanto su desarraigo en la tierra —en las tierras— como su arraigo en la lengua y en su trashumancia. En su breve apunte sobre primer libro de Luis Rius, *Canciones de vela* (1951), Arturo Souto presenta con verdadero entusiasmo el poemario, con la segunda intención de apuntalar también a la publicación hermana por la misma tinta, que es *Segrel*. Advierte sobre el peligro de publicar un libro de versos en esos días, no bien la poesía significa una afirmación de los valores más positivos del hombre en un mundo enfermo y mutilado que describe con frenesí apocalíptico, a partir de la lectura de los periódicos. Tengo para mí que Max Aub les dedicó una mofa al respecto, cuando al referirse al grupo de *Segrel* en la conferencia ya aludida, les recomendó vivir la vida sin creer demasiado en los periódicos, y celebrar que el sol sigue saliendo, a fin de cuentas, a la hora acordada.

Souto deslinda las *Canciones de Vela* de la bandera roji-negra, la angustia metafísica y la torrecilla de marfil, imperantes entonces. Celebra que el autor prefiera el romance al soneto, por ser aquel la forma más sencilla y completa que está con el pueblo y, a la vez, por encima de éste. Señalar el origen en el territorio del lenguaje es fundamental —fundacional— y por ello Souto recuerda que las *Canciones de Vela* toman su título de aquellas que cantaban los decuriones romanos para el arrullo que prepara al sueño. No está de más destacar que los apuntes de Souto no son tímidos, en absoluto; revelan una combatividad inteligente al referirse a los males de la época y a las tres tendencias de la creación mencionadas por él para ofrecer el contraste de las *Canciones de vela* y *Segrel*, en el mundo literario de mediados de siglo xx.

El binomio entre Arturo Souto Alabarce y Luis Rius Azcoita fue permanente, entrañable y a la vez capaz de establecer distancia crítica en el plano intelectual. Al fallecer Rius, en enero de 1984, dispuso que Souto fungiera como su albacea literario, para garantizar que en el amigo y crítico se reflejara e incrementara esa autocrítica, a cual más rigurosa, que tenía Rius con su propia obra. Souto entendía y celebraba la creación literaria de Rius pero no comprendía su gusto por la farándula, el flamenco y una bohemia feliz y de largo aliento que incluía, además del baile y el canto jondo, una relación estrecha con juglares que interpretaban poemas de grandes autores, o propios. Admiraba Rius a los *segreres* modernos, digamos, porque al colectivizar la poesía acompañada de la música y el canto, hacían valer los orígenes de este género literario. En no pocos artículos de prensa, temas de clase, guiones de radio y televisión que se conservan, habló de Jacques Brel, George Moustaki, Joe Dassin, Raimon, Serrat, Lluís Llach, Pedro Ávila y tantos más, que lograban trascender a la poesía entre amplios públicos del mundo. En este sentido, también es de mencionarse su labor de promotor del flamenco, con su segunda esposa Pilar Rioja, a quien dedicó un poemario, en 1968, y con artistas del nivel de Enrique Morente, Pepe Habichuela y Manzanita, entre otros que se conocieron en México, entrados los años setenta.

El artículo sobre la “lírica pictórica de José Alberto Gironella”, de Alfredo Feijoo, tiene también una importancia iniciática, no bien es de los primeros en abordar la obra plástica de este notable artista, considerando las particularidades que lo distinguían entonces y, en buena medida, siempre. Profundiza en la savia literaria que desde esa época nutrió al pintor más culterano de la generación de ruptura, amigo de establecer relaciones sinestésicas entre las artes visuales y las verbales, la tauromaquia, el cine y otros campos de la creación y el saber. Su protagonismo en la ruptura de las artes plásticas mexicanas fue de primer orden, como lo hace notar Lilia Solórzano Esqueda, de la Universidad de Guanajuato, en su texto “*Segrel*, una curiosidad de españoles e hijos de españoles en México”, y cabría añadir que más silenciosa que la de otros exponentes de las nuevas vanguardias, como también fue el caso de Josep Bartolí y Héctor Xavier, entre otros que desde la década de los cincuenta ya ofrecían propuestas diversas a las de la Escuela Mexicana de Pintura.⁹

⁹ Lilia Solórzano Esqueda, de la Universidad de Guanajuato, en su texto “*Segrel*, una curiosidad de españoles e hijos de españoles en México”, *Cuadernos del Hipogrifo, Revista de Literatura Hispanoamericana y Comparada*, vol. 3, 2015.

Resulta interesante advertir las dificultades de Feijoo al abordar lo mexicano, universal o francés en la obra de Alberto Gironella, toda vez que su pintura y escritura no embonaba en ninguna de las posturas que debatían en torno a la ontología de lo mexicano y que enfrentaban el imperativo de tomar postura por lo indígena o lo español o un mestizaje reformulado con nuevos elementos. Desde entonces Gironella mostraba un trasfondo abarrotero, un tanto “gachupín” (dicho por él), combinado con una admiración muy patente por expresiones de vanguardia como el neosurrealismo y la tradición literaria y pictórica española.

Las dos cartas de Tiburcio Esquirra buscan calentar la aparición de la novela de Alberto Gironella *Tiburcio Esquirra, episodios de la vida de un juglar*, la cual nunca salió a la luz. Esquirra —“tipo desaliñado, casi mitológico y poeta raro”—, personaje nacido en la imaginación de Gironella, y quizá inspirado en Inocencio Burgos, escribe a su biógrafo, el propio Gironella, breves cartas que dejan ver su agonía terminal. De acuerdo con Lilia Solórzano Esqueda,

Tiburcio Esquirra es la némesis de la postura racional científicista, un poeta que anhela el autodestierro para completar su personalidad, ir a vivir al enigmático y fiero Egipto. No tan sólo representa al artista que vive el instante sino todo el lado dionisíaco de la vida”.¹⁰

Se ajusta a las costumbres ajugaras que los editores advierten en el segrel, en lo bebedor, tahúr, pendenciero, mujeriego y trovadoresco que deja ver. En el segundo número, Gironella presenta más páginas de la novela, y en ellas Esquirra sentencia que “un poeta que no ha sufrido destierro es un poeta a medias”. Elige al fiero Egipto para desterrarse, con lo cual se desmarca de la recurrencia española. ¿Alude así, “el juglar negro de mágico apellido” a una condición más amplia, extensiva y polisémica de la noción de destierro en varios poetas del mundo?

Las tres canciones de vela de Rius son juveniles, plenas de ritmo, muy alegre una de ellas, y lejanas al tono sombrío del exilio, aunque lo aludan con metáforas audaces y de atractiva plasticidad. El cuento de Arturo Souto, “El candil”, prueba la intención de este reconocido autor de no limitarse a temas de España y el exilio, y de adentrarse en diversas culturas; la mexicana entre ellas, desde luego. En “El candil” el negrito Nicomedo

¹⁰ Lidia Solórzano, *ibidem*, p. 18.

protagoniza con singular empatía los sucesos ocurridos en su mundo afro-cubano. El cuento lo volvió a publicar Souto en su libro *La plaga del crisantemo* (México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1960) y en la reedición aumentada de ese libro de cuentos, titulado *Cuentos a deshora* (México, Bonilla-Artigas Editores, 2011). En este último, al referirse en el prólogo a la obra de Souto, José de la Colina escribió: “en el primer número de *Segrel* me había gustado su cuento “El candil” por el modo de narración lírica y por la paulatina revelación de un secreto que le daba la subyacente tensión”.¹¹

Las viñetas del prestigiado pintor Arturo Souto Feijoo le dieron brillo a la publicación, en los dos números. En ello coincidió, desde la modestia de su formato, diseño e impresión, con otros esfuerzos de escritores transferrados, que enriquecieron con imágenes gráficas y plásticas sus revistas.

El segundo número contempla los mencionados capítulos de Girone-lla, poemas de Inocencio Burgos, Luis Rius, José Luis González y Tomás Segovia, algunos de los cuales hemos comentado antes. También un interesante y pertinente artículo de Celedonio Serrano Martínez, donde este poeta, escritor y profesor guerrerense (1913-2001) analiza la bola suriana, que es una de las formas adoptadas por el corrido mexicano, “muy cultivada por los trovadores o corridistas del Sur”, en Estados como Guerrero y Morelos y lugares circunvecinos.

Un capítulo muy osado de los editores en este número 2, aunque también es prueba de su apertura a otras disciplinas artísticas, además de la pintura, es el dedicado al Ballet de Nelsy Dambre, para el que solicitan un apoyo del INBA, suficiente para cubrir una temporada completa y no sólo presentaciones sueltas. El apoyo fraternal de *Segrel* incluye la publicación de fotografías de Lupe Serrano, Gloria Contreras y Tomás Seijas.

Con “Ceres y Vulcano”, Souto cumple con su segunda entrega. Se trata de un cuento de mayor aliento clásico y más experimental en su estructura que el anterior, pero de una considerable riqueza de recursos literarios. Francisco de la Maza (1913-1972), célebre historiador oriundo de San Luis Potosí y amigo muy cercano al grupo, quien los bautizó como generación “Nepantla”, colabora en el número que concluyó el proyecto con un texto magistral: “Un diablo olvidado de su oficio”. De la Maza analiza una representación popular y anónima de San Gabriel, ubicada en el

¹¹ Arturo Souto, *Cuentos a deshora*, *Op. Cit.*, p. 10.

Museo de Guadalajara, en la cual una angélica sirena, poseída por el mal, hace que se inviertan los papeles con el buen San Gabriel, quien al pisarla asume una condición diabólica.

Una carta que celebra la fundación de *Segrel*, acompañada de un consejo y de una fotografía del célebre autor vanguardista, Ramón Gómez de la Serna, pone una nota especial a este número y, quien iba a decirlo, también un punto final.

De los poemas sólo el de Inocencio Burgos aborda el desamparo del desarraigo, en un autorretrato estremecedor. Luis Rius y José Luis González se ocupan del desamor, mientras que Tomás Segovia dedica tres exquisitas décimas a la lluvia.

Es curioso advertir que esta publicación tan temprana de los hispano-mexicanos integró un abanico temático y problemático claramente más amplio que el del exilio. Éste se percibe más como una condición, como un trasfondo que elige escenarios, registros estéticos, ritmos y palabras. Afincados en la voz antigua de la tierra, en más de un caso, en la tradición reactivada por la contemporaneidad, nutrida además de las nostalgias y las poéticas de los padres,¹² la mayoría trabajó su identidad en el legado de su propia herencia, pero sin limitarse al exilio. Incluso en el propio libro de Rius, *Canciones de vela*, anunciado una vez más en el segundo número, el exilio aparece sólo en la última parte del poemario, consagrado principalmente al tema amoroso. Así se advierte en su lectura y así lo ha subrayado José Paulino.¹³

Los editores y autores de *Segrel*, entonces, no eran monotemáticos. No fueron españoles “del éxodo y del llanto”, ya no. Profesaban interés y pasión por diversos temas propios de su edad, circunstancia y entorno. Varios de ellos mantuvieron su estrecha unión a lo largo de sus vidas y compartieron espacios universitarios, de tertulia, de bohemia, de creación. Como profesor invitado a la Universidad de Guanajuato, donde fundó la Facultad de Filosofía y Letras, un año después de la aparición de *Segrel*,

¹² Pienso en la cercanía espiritual de Luis Rius Azcoita con su padre, Luis Rius Zunón, quien desde México rescató canciones de Tarancón, el pueblo conquense donde nació, además de que compuso una cantidad considerable de romances, villancicos y canciones de cuna. En varias de éstas, las aves encarnan la poesía, la ternura, el misterio y la belleza del mundo, mientras que los hombres, en una clara alusión a los horrores padecidos en la Guerra Civil, la crueldad y el deseo de matar.

¹³ José Paulino. “Mester de soledad. El exilio en la poesía de Luis Rius”. Madrid, *Cuadernos de Filología Hispánica*, Editorial Complutense, 1991-92, p. 208.

Luis Rius escribió una novela que deriva un diario del autor en esa ciudad, *La estrella y el pueblo*, donde trae a cuento los temores, deseos y tribulaciones de sus colegas trovadores, así como sus vivencias cotidianas con amigos de todos ellos. Destacan los filósofos mexicanos Ricardo Guerra y Luis Villoro, integrantes del grupo Hiperión, con quienes mantenían una amistad intelectual. Ahí aparecen en presencia y a la distancia, mediante cartas y noticias llegadas de México, todos los segreles. Gironella expuso en el famoso Gallo Pitagórico y Burgos pintó varios murales, como otros artistas que por ahí vivían experiencias muy plenas, algunas de las cuales inspiraron al Jorge Ibargüengoitia de *Estas ruinas que ves*. El desarraigo y la tristeza no tienen la menor cabida en esos jóvenes que nada tienen de viejos. El mundo enfermo y mutilado que se confrontó poéticamente en la presentación de *Segrel* es recreado en la novela de Rius —inédita—, pero superado por los pueblerinos y las estrellas, cuyo supremo poder somete el de las guerras y el de la bomba atómica. La plenitud asoma de continuo, en un mundo que por momentos estaba bien hecho:

Martes 4. Nuevo despertar en Guanajuato. Y al abrir los ojos, desde el catre duro, estrecho y corto donde duermo, he vuelto a sentir el bienestar, el sosiego, la dulzura de mi vida en Positos 77. He recorrido lentamente la mirada por todos los rincones de mi cuarto [...] Dos de las cuatro paredes del cuarto están pintadas. En una hay un mural de Burgos: es don Quijote con un fondo de casas y de Molinos de viento. Don Quijote camina, con el yelmo de Mambrino en la cabeza, y con los brazos alzados al viento.

SEGREL



1

MEXICO

EN ESTE NUMERO: DOS CARTAS DE TIBURCIO ESQUIR-
LA por José Alberto GIRONELLA, TRES CANCIONES DE
VELA por Luis RIUS, EL LIBRO DE LOS TRES REYES DE
ORIENTE (Anónimo del siglo XIII), EL CANDIL (cuento) y
LAS CANCIONES DE VELA DE LUIS RIUS por Arturo SOU-
TO ALABARCE, LA LIRICA PICTORICA DE José Alberto GI-
RONELLA por Alfredo FEIJOO. Dibujos de Arturo SOUTO.

SEGREL

Se les ha llamado también segrieres, y segreres. Nacieron quizá en las tierras de lengua galaicoportuguesa, y vivían trashumantes, de castillo en castillo. Eran hidalgos pobres, que sin otros medios para sobrevivir en la lucha por la vida, ejercían funciones ajugaradas y trovadorescas. No sólo cantaban canciones ajenas, sino que asimismo las creaban propias. Eran, pues, juglares trovadores, que recibían paga por sus obras. Distingúanse del juglar por ser hidalgos, y del trovador también, pues cantar era su oficio, y de él vivían. Al tiempo, sus costumbres eran ajugaradas: bebedores, tahures, pependancieros, mujeriegos, y trovadorescas. Participaban de ambas condiciones, y de ninguna íntegramente.

No es difícil observar por tanto, que aquellos segreles tenían un cúmulo enorme de semejanzas con el escritor actual. También éste es algo trashumante, algo hidalgo y juglar.

De ellos toma su título SEGREL, buscando en él una representación amplia, dilatada, quizás ambigua. Porque lo que sus editores buscan es, sobre todas cosas, la libertad.

Una revista suele anquilosarse siempre en el cauce de un sentido fijo, estricto, llámese filosófico, artístico o político. SEGREL no presentará, indudablemente esa rigidez ortodoxa. Su finalidad es la espresión; especialmente, la literaria. Sus editores conservarán su propio e individual credo, así como su estilo; únelos tan solo, la amistad y el afán por la creación literaria.

Con todo, una revista necesita siempre, cierto deseo de construcción colectiva. Por ello, si alguno hay en SEGREL, es el de aportar algo más a la vivificación y espresión de la cultura en lengua española.

Y ahí, primordial y fundamentalmente, hemos de entrar las más nuevas generaciones, que comenzamos a luchar por ella en el mundo libre de México.

LOS EDITORES

DOS CARTAS DE TIBURCIO ESQUIRLA

Por José Alberto GIRONELLA

Estas dos cartas que a continuación se publican, han sido escogidas para SEGREL de la obra "Tiburcio Esquirla-Episodios de la vida de un juglar", de José Alberto Gironella. Forman parte de un grueso legajo de amarillentos pliegos donde se condensan las andanzas y aventuras de Tiburcio Esquirla, tipo extraño, casi mitológico, y poeta raro. Su biografía, su novela, sus cartas íntimas, aparecerán pronto ante la luz clara y serena de la crítica. Con éstas, iniciase ya su revelación, detenida, años ha, por un mundo escéptico y despreocupado.

A. S. A.

I

Cisterna, 3 de Noviembre.

Diego:

Ya corre por el mundo, como la leyenda del primer tomo del Quijote, mi historia: chusca, amarga, y llena de locuras.

Ese buen escritor, amigo mío, al cual cada día extraño más, ganará el laurel de la fama, y su lira, siempre templada, subirá, eterna, al cielo blanco del arte.

Es triste leer, yaciendo a las puertas de doña Parca, la biografía de uno dada a la estampa con tantos pormenores y tanta prisa.

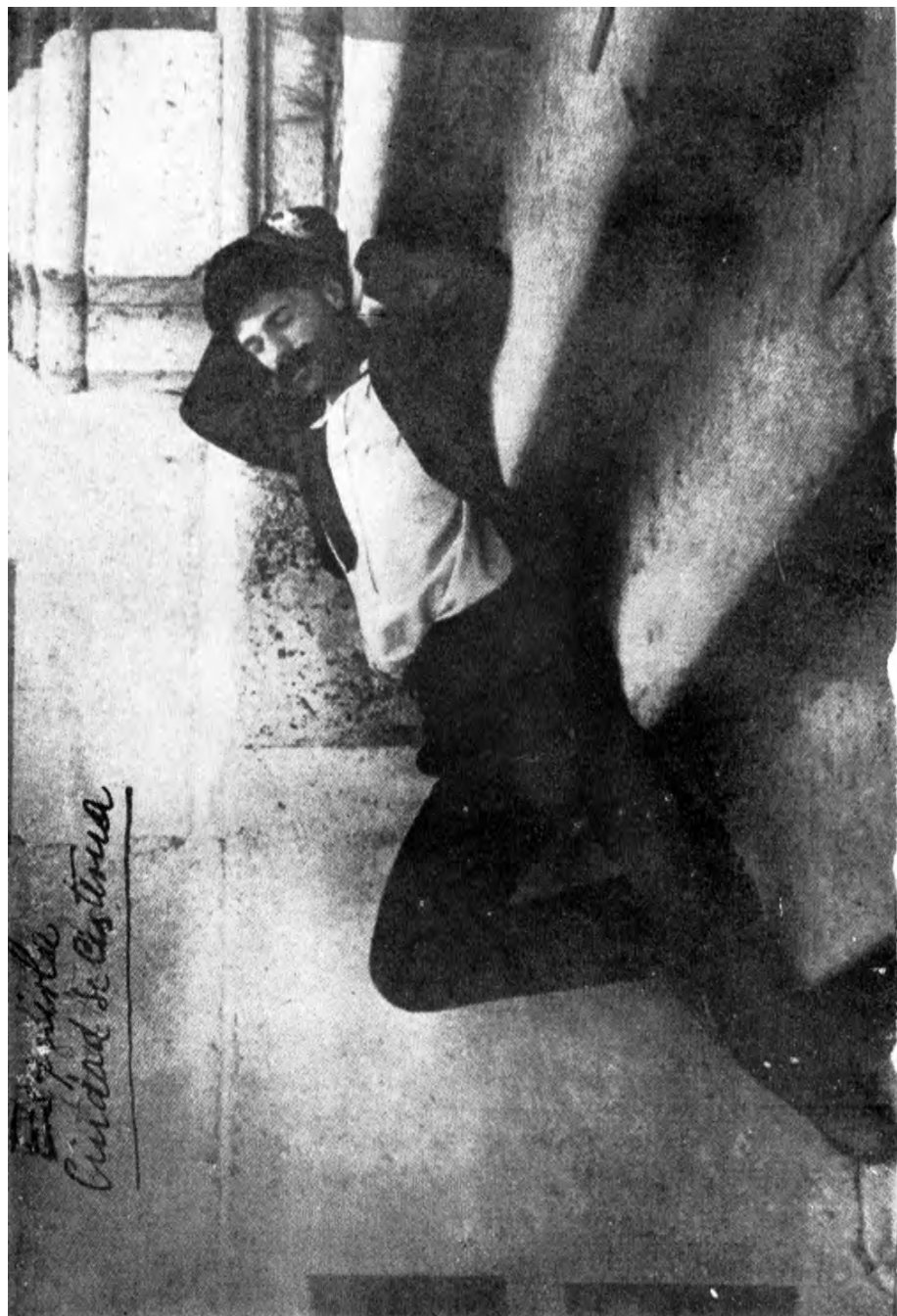
Dicen que curaré, pero yo sé, que cuando a un general sentimental le quitan las medallas, y la espada, en pública mofa, éste enferma y languidece, y deja escapar su vida por todos sus bigotes.

Pedí sanguijuelas, y me dieron transfusión.

Tengo la sangre envenenada.

Buenos días.

TIBURCIO



La Siesta



Fotografía Póstuma

Cisterna, 26 de Septiembre.

Querido Alberto:

Hoy que cumples un año más en tu corta vida de cronista, de poeta y amigo, te escribo esta misiva.

Me preguntas ansioso, ¿te gustan las citas que hago de tantos peregrinos poetas en tu crónica?

Algunas sí, otras no; otras se te olvidan, tales como ésta, que cuadra con mi manera de ser, y no como cita para algún capítulo que narre, con singular y diestra manera, un chusco pasaje de mi estancia en el mundo, sino como único epílogo a mi vida de creador; de loco, de rucio, de borracho.

Apúntala y cuando, el agua llegue a los aparejos, ponla.

De fino poeta es, de fino y viejo amigo mío.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada;
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

La muerte está acechando. Por detrás de la ventana de mi habitación, aquí en el hospital, la he visto en raras veces la cabeza. Tiene bigotazos, ojeras, es calva, y ríe con cara de maldita. Quiere asustarme.

Yo, todas las noches, cuando la hermana de la caridad viene, suelto una frase lapidaria, esperando que sea la última, pues quiero morir con todos los trastos con que mueren los grandes. Once frases frustadas llevo; espero que la última sea la mejor.

Abrazos.

TIBURCIO

Breve Apunte sobre el Libro CANCIONES DE VELA de L. Rius

por Arturo Souto ALABARCE

Peligroso, en verdad, es publicar un libro de versos en los días que corren. Porque son días de turbión, de incierta esperanza, de angustia. Yo pensaba que los periódicos mentían, que la humanidad sabría, como siempre, sobreponerse a sus propias hecatombes, y que el Apocalipsis de San Juan se hallaba lejos, muy lejos aún. Empero, ya no es así. Una guerra continua y sangrienta nos carcome. El hombre, como poseído por un rojo demonio, se afana en talar árboles, en desangrar la tierra, en librar las energías ocultas del átomo y el cosmos. . . Vivimos en un mundo enfermo, mutilado, donde sólo imperan el odio y la mentira, el dinero, la locura de aquellos dictadores que nunca sacian su salvaje egolatría. Aquí mentimos, y engañamos, y juramos en falso.

Por ello, cada vez que se publica un libro de versos, me quedo maravillado ante la inmensa voluntad del hombre. Y es que éste insiste, porfía, una y otra vez, en elevarse sobre la miseria, el terror, y la sangre, con unos pocos versos, con un cuadro, con una novela. . . Esta época nuestra, vendida y miserable, quiere contaminarlo todo, infectar hasta los valores más positivos del hombre: su espíritu, su lucha por la belleza y por la verdad. El poeta, el artista actual, tiene, aparentemente, tres caminos tan sólo ante su peregrinación. Uno dellos es el de la tesis política; no ya social, sino política. Otro es el de la tesis filosófica. Otro el del cenáculo, afeminado casi siempre, egoísta. Los tres imperan en nuestro tiempo.

Hay artistas que siguen la corriente; los hay que la remontan. La corriente actual oscila entre los frescos de las masas proletarias, y la cobacha de una bruja que practique abortos a bajo precio. Alejados del mundo, se hallan los poetas *puros*, limitados por sus propias murallas de cristal.

Las niñas cursis de hoy, aquellas mismas que leyeran a Hugo y Lamartine, alucinanse ante las grandes revelaciones de la literatura moderna. Es como una feria, una gigantesca feria. Por cinco pesos, penetramos en las profundidades del alcantarillado, en el alma de un incestuoso, en la oscuridad de los lupanares baratos. Ya no hay velos, ya no hay hipocresía, pero tampoco hay *arte*, o cuando menos, guárdanlo en segundo plano, como arritranco. Al santo nos lo presentan como un neurótico sexual; a la jovencita inocente como un súcubo, henchido de lujuria refrenada; al sabio como un pobre hombre con complejo de castración. Antes se le concedía belleza al aguila, al tigre y la golondrina; hoy se le da al piojo, la chinche y la espiroqueta. Y todo ello se ha anquilosado, está de boga, y, consiguientemente, se muere a grandes trancos.

Luis Rius comete, pues, una audacia al publicar su libro de versos, que aparecerá en breve, bajo del título *Canciones de Vela*. Y es que su poesía no entra, ni entrará nunca, en sendero alguno de los esbozados. Hallaremos difícilmente, en sus versos, la bandera rojinegra, la angustia metafísica, o la torrecilla de marfil. Encontraremos, eso sí, entre otras varias formas de la métrica, que Rius maneja con maestría, muchos romances.

Definir es, en verdad, imposible. Empero, si a ello me obligasen, definiría la poesía de Luis Rius como el *máximo de sentimiento con el mínimo de ropaje verbal*. Su palabra es concreta, precisa, y al tiempo, ligera y diáfana. He ahí, creo yo, una clave para abrir ese cofrecillo que contiene *Canciones de Vela*. Sobre todas cosas, los versos dese libro son sencillos, de una difícil sencillez. Si Luis Rius hubiera vivido en el siglo XVI, habríase convertido en blanco de los italianizantes, que traían el soneto, artificioso siempre. Estaría con el pueblo, pero encima dél, armado con los romances, con las coplas de Manrique, con los versos de fray Luis de León. No hay forma más sencilla, más exacta, más completa que el romance. Su belleza coincide, en cierto modo, con esa belleza sobre humana del mundo natural. Bien puede buscar el pintor esos maravillosos matices de la atmósfera dorada o caliginosa, o esa infinita gama de verdes que brinda un bosque; bien puede buscarlos, repito, para imitar o recrear, que nunca logrará su empeño. El artista nos da aproximaciones; nosotros nos conformamos con ellas. Algo dese misterio tiene el romance, y Luis Rius, muy sabiamente, ha sabido tomarlo, entre otros, como anhelo central.

La poesía actual propende a la palabra abstracta, a la metafísica. Hay poetas, cultos, universitarios, que trabajan con regla y cartabón; pero, en la geometría de sus versos, adivínase siempre la

ausencia desa tibieza que da la sangre. Y después, están los borregos, aquellos que se dejan llevar por la boga, los más abundantes.

Rius escribe espontáneamente desde los siete años. Mas no lo hace sin dolor. Al revés, una y otra vez, medita, y pule sus versos. Empero, el impulso inicial arranca de cualquier cosa, la más pequeña, la más profunda quizás. Esta boga, la de querer ser trascendente *a priori*, le repugna, y no en vano ama las lecturas del Quijote, de Machado, de Azorín. . .

Canciones de Vela toma su título de aquellas que cantaran los decuriones romanos, para alejar las arenillas del sueño, en los ajarafe de las fortalezas. Tan sólo, creo yo, el dulce Gonzalo de Berceo ha escrito una canción de vela en castellano. Olvidáronlas los hombres con gran injusticia, y hoy las resucita Luis Rius, para su propio gusto, y el de los demás. Esa resurrección responde, en cierto aspecto, a la naturaleza misma del poeta. No hemos de olvidar el tema de aquellas canciones latinas, ni la situación en que se encontraban los centinelas. Ellos también, como nosotros, estaban rodeados de bárbaros. Amenazábalos el horrendo fuego griego, la peste y el tormento de la cruz; y a pesar dello, tranquilos, bajo de las estrellas, puras y alejadas, cantaban sencillas canciones de vela, como puede hacerlo un aya, o una enamorada.

Por una vez tan sólo, por una noche, hagamos nosotros como los antiguos legionarios. Desdeñemos al inflamado azufre de Bizancio, no pensemos en las mudanzas de los reyes, y cantemos, para huír de este mundo, canciones de vela.

Segrel

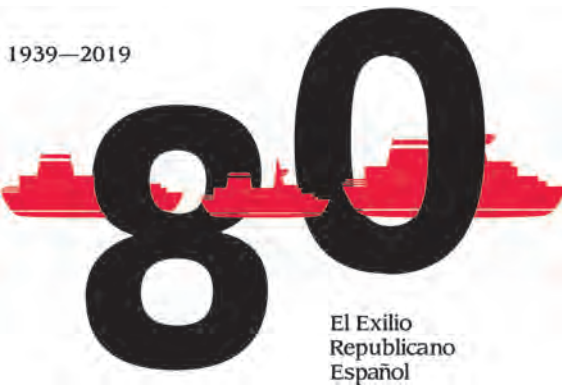
Edición facsimilar

editado por la Secretaría de Relaciones Exteriores y
el Ateneo Español de México.

Se terminó de imprimir en abril de 2019
en los talleres de Editorial Color, S. A. de C. V.,
Naranjo # 96 Bis, Col. Santa María La Ribera,
C. P. 06400, Ciudad de México.

La edición estuvo al cuidado de María Álvarez Reyes Retana,
Julio Cárdenas y Ana María Jaramillo.





ISBN: 978-607-98489-0-3



SRE
SECRETARÍA DE
RELACIONES
EXTERIORES

